

catedráticos, cargados de condecoraciones, que pronunciaban *il faut*: «*ile faúte*». Aquel cuerpo docente nunca tuvo la suficiente actividad intelectual como para hacer sus propios compendios. Y sin embargo, Coimbra hervía de catedráticos, que por supuesto que disponían de tiempo libre. En mi época eran innumerables: mozos y viejos, atildados y andrajosos, castos y depravados, y seguro que todos disponían de tiempo libre; pero lo empleaban en la política, en el cultivo de sus tierras, en el billar, en los placeres familiares, en el trabajo de dominar por el terror a los pobres estudiantes encogidos en sus hábitos; y el saber necesario para confeccionar *los apuntes* iban a buscarlo todos los meses a los libreros de la calzada, que lo recibían de Francia, en cajones, por el paquebote de El Havre.

Hasta entonces, como es natural siendo un simple estudiante, del vasto mundo sólo había visto, sólo me había interesado, por ese detalle que más se relaciona con el estudiante: el manual. Y sólo encontraba y sólo olía el francés. Más adelante, al comprender que por aquel método de memorizar todas las noches, a la luz del aceite, unos papeles litografiados que se llaman *apuntes*, nunca llegaría a poder distinguir, jurídicamente, lo justo de lo injusto, decidí aprovechar mis años mozos para relacionarme con el mundo. Empecé por hacerme actor del Teatro Académico¹⁰. Hacía de *barba*. Y durante tres años, como *barba*, ora grave, opulento, de patillas grises; ora aldeano trémulo, apoyado en mi cayado, representé en medio de los ardientes aplausos de los estudiantes, todo tipo de papeles de comedia y de drama. Todo ello traducido del francés. A veces, intentábamos producir algo más original, menos visto que *La dama de las camelias* o que *El sombrero de paja de Italia*, nos reunimos, con papel y tinta; y entre aquellos muchachos, nacidos en pequeños villorrios de provincia, jóvenes, frescos, con todo el brillo de la imaginación, sólo surgió una idea: *traducir algo del francés*. Un día, no obstante, Teófilo Braga, harto de Francia, escribió un drama, conciso y violento, que se titulaba *Garção*¹¹. Era la historia y el

¹⁰ En su etapa de Coimbra, Eça desempeñó durante tres años diversos papeles como actor en el Teatro Académico de la Universidad. Todos los que conocieron al escritor coinciden en señalar su innato talento para las tablas.

¹¹ Como actor del Teatro Académico de Coimbra, Eça interpretó el papel de Garção, en la pieza que escribió su compañero Teófilo Braga, titulada originalmente *Sede de Justiça*. La dirección del teatro cambió este título por el de *Resignação* y hoy hay que buscarla con el de *Poeta por Desgraça*. El asunto del drama es la persecución promovida por el marqués de Pombal contra el poeta Garção. La representación fue un fracaso, pero la actuación de Eça fue muy alabada.

infortunio del poeta Garçon. Yo representé a Garçon, con calzas y melena, y estuve sublime; pero *Garçon* fue acogido con indiferencia y frialdad. Un grito unánime resonó en los bastidores:

– Ahí lo tenéis... ¡Un fracaso! ¡No faltaba más! Obras portuguesas... Inmediatamente nos refugiamos en el francés y en Scribe.

El teatro, poco a poco, me puso en contacto con la literatura. Encontré, organizada y completa, una amplia sociedad literaria que de algún modo presidía el hombre, entre todos excelente y grande, que es más que una gloria de su patria, porque es una gloria de su siglo. Pero aparte de éste, al que las amplias y fecundas corrientes del saber contemporáneo no alteraban su peculiar índole, profundamente portuguesa, de isleño de buena casta, descendiente de navegantes del siglo XVI; el resto de esa deslumbrante camada parecía haber llegado la víspera del barrio Latino. Sobre las mesas, sólo había libros franceses; en las cabezas sólo susurraban ideas francesas; y la conversación, en medio de la humareda, adquiriría invariablemente el picante regusto francés. ¿Qué leíamos? Sólo Francia. Toda Francia: desde Mery hasta Proudhon y desde Musset a Littré. Durante todo el tiempo en que vagué por las orillas del Mondego, creo que no abrí ni un solo libro portugués, a no ser, en vísperas de examen final y con infinita repugnancia, la *Novíssima Reforma Judiciária*. Pero conocía, como cualquiera de mis amigos, a todos los novelistas, a todos los poetas franceses; no sólo en su obra, sino también en su vida: sus amores, sus tics o su situación financiera. Fue por esa época cuando algunos camaradas y yo nos entusiasmamos por la pintura francesa... Resulta extraordinario, bien lo sé, si consideramos que entonces nos hallábamos a seis largos días de viaje del Louvre, y del Luxembourg, y del *Salon*. Pero contábamos con los críticos, con todos los críticos de arte, desde Diderot hasta Gautier, y era en su prosa donde admirábamos pasmados la austera sobriedad de Ingres o el apasionado colorido de Delacroix. Y en todo ello obedecía yo siempre a un impulso, a una gran corriente, como una hoja que flota en el agua.

Con mi diploma de licenciado en un canuto, me subí un día por fin a lo alto de la diligencia, despidiéndome de las vegas del Mondego. Precisamente en el mismo tejadillo iba un francés, un *commis-voyageur*. Era un coloso, con anteojos, áspero y brusco, con una maciza mandíbula de caballo, que, a medida que el coche rodaba, iba lanzando a través de los vidrios ahumados una mirada a las tierras de labor, a los

viñedos, a los pomares, como si los sopesase y calculase su valor, terrón a terrón. No sé por qué, me dio la impresión de ser un agiota valorando las tierras de un mayorazgo arruinado. Conversé con aquel animal, que pareció sorprendido de mi facilidad con el francés, de mi conocimiento del idioma y de la política de Francia, de la literatura de Francia. De hecho, conocía yo a novelistas y a filósofos franceses que él ignoraba. Aún recuerdo el tono de paternal protección con que me dijo, dándome en el hombro, mientras rodábamos por la carretera y veíamos abajo, en el valle, el monasterio de Batalha:

- Vous avez raison, il faut aimer la France... Il n'y a que ça! Et puis, vous savez, il faut que nous vous fassions des choses, des chemins de fer, des docks, des choses... Mais il faut nous donner votre argent...

¡Creo que, en verdad, desde entonces le hemos dado *notre argent* a Francia generosamente!

En fin, llegué a la capital de Portugal, y recuerdo que la primera cosa que me impresionó fue el ver en una esquina un gran cartel, que anunciaba la representación de *coplas francesas*, en el Casino, por la brillante Madame Blanche, y por la incomparable «Blanchisseuse». Otra vez Francia, siempre Francia. Yo la había dejado dominando Coimbra, bajo forma filosófica; y venía a encontrármela ahora conquistando Lisboa, con las piernas al aire, bajo forma de canción...

Comenzó entonces mi carrera social en Lisboa. Pero realmente era como si viviera en Marsella. En los teatros, sólo comedias francesas; en los hombres, sólo libros franceses; en las tiendas, sólo vestidos franceses; en los hoteles, sólo comidas francesas... Si en esta capital del reino, resumen de toda la vida portuguesa, un patriota quisiera aplaudir una comedia de Garrett, o comer un arroz al horno, o comprar una vara de *briche*¹², no podría.

Ni en los escenarios, ni en los almacenes, ni en las cocinas... En ninguna parte quedaba nada de Portugal. Sólo había remedos baratos de Francia. La particular atmósfera de chismorreo político, que es tan característica de Lisboa como la niebla de Londres, me obligó, a mi pesar, a enredarme también en la política. ¿En qué política? ¡Buena pregunta! ¡En la francesa! Porque entonces había en Lisboa toda una clase culta e importante de políticos «franceses»,

¹² Tejido grosero de lana de color castaño.

que en el Grémio, en la Havanesa¹³, en la puerta del Magalhães¹⁴, hacían una oposición cruel, amarga, inexorable, ¡al Imperio francés y al emperador Napoleón!

Claro que también había, en la Baixa¹⁵, en el Passeio Público¹⁶, imperialistas, que habían emprendido la campaña del Orden contra Rochefort, y contra Gambetta. Pero era una minoría. Lisboa entera le enseñaba los dientes al emperador. Como es natural, yo, que era mozo y ardiente, y estaba lleno de ideas de Libertad y de República; que rebosaba de odio contra esa patulea de los Rouher y los Baroche, que prohibían el teatro de Hugo y que habían llevado a Flaubert a la policía correccional; me arrojé entusiasmado a la oposición a las Tullerías. ¡Lo que conspiré! ¡Dios mío lo que conspiré! ¡Mi intención era afiliarme a la Internacional! Recuerdo que una noche, a propósito de no sé qué nuevo escándalo del Imperio, nos encontrábamos algunos en el Martinho¹⁷, en torno a unos cafés, y exclamamos todos, pálidos de ira, cerrando los puños:

– ¡Esto no puede ser! Ya hemos soportado bastante. ¡Hay que hacer barricadas, hay que salir a la calle!

Salir a la calle, era la amenaza más terrible. ¡Y bajamos el escalón del Martinho! Luego, en la calle, bajo la cálida luna de julio, como oímos cohetes por la zona del Passeio Público, dirigimos hacia allí nuestros airados pasos, porque uno de nosotros, el más exaltado, se encontraba allí con cierta señora, en noches de castillos de fuego. ¡Ah, juventud, juventud, maravilla incomparable! ¿Dónde está el entusiasmo de entonces, la santa palidez que nos cubría el rostro ante el espectáculo de la injusticia, y la ternura que encontrábamos en las noches de mayo, y en los alegres cohetes del Passeio?

En cuanto a la política propiamente portuguesa, excuso decir que ninguno de nosotros sabía de verdad si el régimen que nos gobernaba

¹³ Famosa expendeduría de tabacos situada en el Chiado, fundada en 1865, era un lugar de encuentro y reunión de personalidades de la burguesía y de la política de Lisboa. Aparece, por ejemplo, en *El crimen del padre Amaro* y en *Los Maia*.

¹⁴ Conocida sastrería situada en el Chiado, en el número 20-23 de la rua Garrett.

¹⁵ Nombre por el que se conoce a la parte baja de la ciudad de Lisboa, mandada construir por el marqués de Pombal después del terremoto de 1755.

¹⁶ Jardín enverjado situado en la Baixa de Lisboa que tuvo como origen una iniciativa del marqués de Pombal. Lugar muy frecuentado por la burguesía lisboeta.

¹⁷ Café de gran tradición literaria situado también en la Baixa. Sus tostadas eran, según el Dr. Martinho de La reliquia, «las mejores de toda Lisboa». En *El primo Basilio se elogia su sorbete*.